



HEMEROTECA MUNICIPAL

MADRID

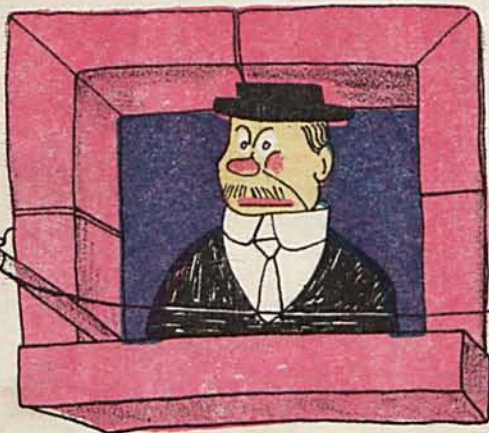
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

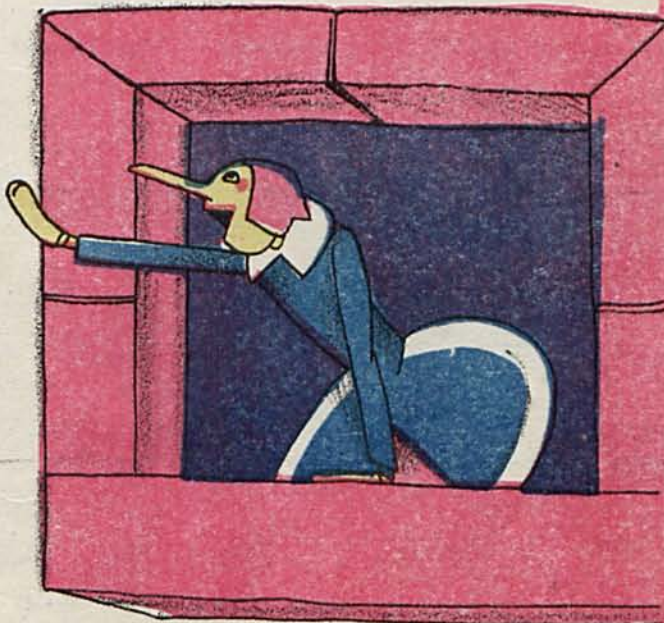
AÑO II
NUM 79

22 AGOSTO
1926



SEÑOR MIRAGUANO, QUE
SE LE VUELA LA CAMISA

¡MIRA QUE SI ESTO
ME OCURRE ESTANDO
YO DENTRO DE ELLA!



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28, APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS SEMESTRE, 10 PESETAS. TRIMESTRE, 5 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



Y ENTONCES, MIS QUERIDOS CA-
CHORRITOS, EL OSO COGÍO POR EL
CUELLO AL CONEJITO Y LE QUITO
TODA LA PIEL. AL POBRE CONEJITO
LE COSTÓ UN CATARRO MAYÚSCU-
LO. YA SABÉIS QUE NO DEBEIS
DEJAR QUE OS QUITEN LA
PIEL.



¡COLOSAL! EL REY
HA PROMETIDO CAM-
BIAR SU MEJOR
BARCO POR UN
APARATO DE TELE-
FONÍA SIN HILOS

¡QUE BIEN! ¡ASÍ NOS
MARCHAREMOS Y
LOS NIÑOS PO-
DRÁN IR AL
COLEGIO!

¿HAS OIDO
ESO DEL CO-
LEGIO?

¡SÍ, ESE
APARATITO
TIENE QUE
MORIR!



¡ESTARÍA BUENO
QUE TUVIERAMOS
QUE IR AL COLE-
GIO!

¡CON LO BIEN
QUE LO ESTAMOS
PASANDO EN
ESTA ISLA!



PARQUE DE
FIERAS
MAESTRADAS



MIENTRAS, NOSOTROS
ESPERAREMOS BAI-
LANDO.

VOY A DECIR AL
REY QUE SE TRAI-
GA EL BARCO PA-
RA HACER EL
CAMBIO.

¡OH, QUE
BIEN TOCA
ESA ORQUES-
TA!

¡Bejorata
no me li pres-
ta!



¡RAYOS Y TRUENOS!
¿DONDE SE HA IDO
ESA MÚSICA?

¡YA VENGAN
TIEMPOS
MEJORES!



¿DONDE HABEIS ESCON-
DIDO EL ALTAVOZ?

¿QUÉ HABEIS
HECHO DE LA
GALENA?

A MI
QUE ME
REGISTREN



¿QUE ES
ESO?

ESTA ES LA
ESTACIÓN
J.J. 13

¡ATIZA!
¡EL HIPOPO-
TAMO SE HA
COMIDO EL
APARATO!

¡MIRA, HERMANI-
TO, YO CREO QUE
DEBIERAMOS IN-
TERNARNOS EN
EL BOSQUE POR
SI ACASO!



¡VENID QUE OS
VOY A DESOL-
LAR A LOS
TRES!

LA SEÑORITA
ROSINA VA A
INTERPRETAR
AL PIANO LA
FUGA DE
BACH

LA FUGA DE
BACH ¿EH?

ESA FUGA AL
LADO DE LA
NUESTRA ES
UNA ZAPATI-
LLA RUSA



ESTÁ TODO ARRE-
GLADO. VAMOS
AL BOTE Y A
CASITA.

¡SUPONGO QUE
EL APARATO
ESTARÁ DEN-
TRO ¿VERDAD?

¡SÍ... ESTÁ
DENTRO DEL
HIPOPOTAMO

¡ME MOLES-
TARIA TENER EL
GENIAZO DEL CA-
PITÁN?



¿QUÉ OS PARECE
EL APARATITO, MA-
JESTAD?

¡BUENA LA HAS
HECHO! ¡AHORA
SE LLEVARÁ EL
BOTE!

¡SOCORRO! ¿QUE
HAY DUENDES!

¡ESAS HIENAS
DE TIN Y TON
NOS LO HAN ES-
TROPEADO TODO!



¡ESE HIPOPO-
TAMO TIENE LOS
DEMONIOS ME-
TIDOS EN EL
CUERPO.

¡POR ESTA VEZ NO VA-
MOS TAMPOCO AL COLE-
GIO! ¡QUE FELICIDAD!
¡QUE DULCE BIENES-
TAR! ¡QUE PLACER!
¡QUE ENCANTO!

¡QUE TE
CREES TU
ESO! ¡SI SUPE-
RAS LO QUE ES
TENER QUE ES-
TAR OYENDOTE
TODO EL DÍA VA-
PENSARÍAS DE
OTRO MODO!

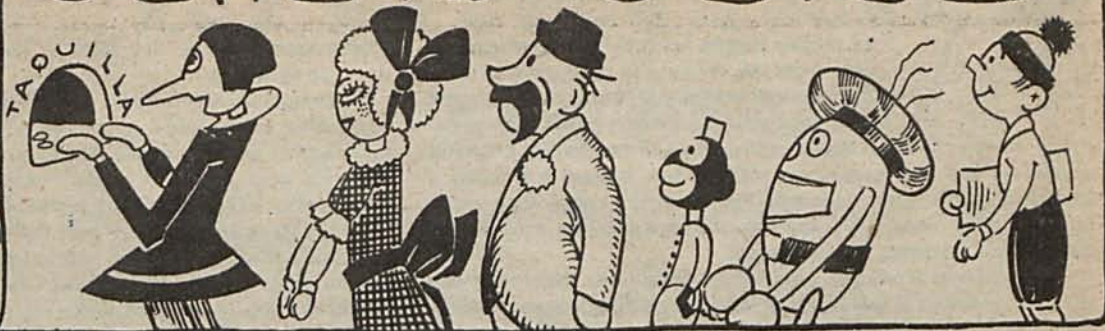
¡CHUNDA-
CHUNDA-
RIS... RAS-
CHUNDA-
CHUNDA-

PROGRAMA
PARA HOY

EL
COBARDE

Sensacional!

GRAN CINE



Al salir de la selva.

Las fuentes del caudaloso Amazonas estaban bañadas de una brillante luz de luna. De las aguas emergía una niebla blanca que daba un aspecto fantástico a los árboles tropicales, espesos y copudos que bordeaban ambas orillas.

En el aire flotaban infinidad de sonidos extraños: el silbido del viento, el murmullo suave del río, los gorgoros de los pájaros nocturnos, el rugido de alguna fiera que merodeaba por entre la selva...; y otro ruido (rara vez oído en aquellas partes salvajes) rasgó el silencio de la noche. Era el sonido de una voz humana que gritaba:

—¡Eh...! ¡Arriba, muchachos! ¡Que nos llevan el tejado!

Y el que esto decía, que era el genial y gigantesco Darkie, incorporóse mirando con mezcla de asombro y de alarma.

Dick y Dan, despertados por la voz atronadora de su camarada, levantáronse también alarmados y cogieron las escopetas creyendo que Darkie les prevenía contra un ataque de los indígenas. Y Dick preguntó:

—¿Qué pasa, Darkie?

—¡Mirad!

Y al mirar para arriba y ver en lugar del techo de la tienda el cielo estrellado, quedáronse los dos mudos de asombro. El mástil que sujetaba la lona y las cuerdas seguía en su sitio, así como algunos pedazos de lona diseminados aquí y allá. Los tres compañeros escucharon y percibieron alrededor de ellos un suave y continuo clic, clic, clic. Dick encendió la lámpara eléctrica y la enfocó en derredor. Y entonces vieron por qué la tienda había desaparecido. Por las cuerdas trepaba un batallón de hormigas rojas que acababan de comerse y de destruir la lona.

—¡Demonio con los bichos rojos! —exclamó Darkie poniéndose en pie—. ¡Y gracias que no se les ha ocurrido empezar por nosotros!

—Yo pienso quedarme a dormir en el barco durante el resto de este viaje —afirmó Dan, el más pequeño de los tres camaradas—. No quiero exponerme a que una mañana, al despertar, me encuentre con que he servido de banquete a una patrulla de hormigas.

Hizo una mueca de disgusto, recogió las mantas y se fué para el barco. Los otros dos creyeron también prudente hacer lo mismo y le siguieron. Sin embargo, apenas se instalaron todo lo cómodamente que el bote permitía, oyeron un tremendo estrépito en la selva. Y de ella salió corriendo un hombre blanco, que tropezó en la raíz de un árbol, cayó de cabeza al suelo dando un grito de terror, levantóse y siguió corriendo sin rumbo fijo.

Darkie saltó fuera del barco para ir al encuentro del blanco. Llegó junto a él en el momento en que éste caía otra vez y medio le arrastró, medio le llevó en brazos hasta junto al fuego. El desconocido se dejó caer jadeante y se acurrucó, con el sudor cayéndole a chorros por la frente, los ojos extraviados y el rostro descompuesto. Tenía las ropas tan desgarradas que eran verdaderos harapos, y todo él estaba sucio y desgreñado.

—¿De dónde viene usted a estas horas y por la selva? ¡Y suerte que viene usted ileso!

El desconocido miró sucesivamente a los tres compañeros y se echó a reír sin gana.

—Debe usted ser muy valiente para haber podido llegar hasta aquí solo y a salvo.

—¡No me hable usted de valor! —exclamó—. ¡Valor! ¡Hableme de valor a mí, que soy un cobarde! ¡Peo que cobarde, un miserable!

—¡Hombre, no todo el mundo puede ganar la laurea—dijo Dick sonriendo y atizando el fuego—. Tome usted, fume un cigarrillo mientras le preparamos algo de comer.

El muchacho tomó el cigarrillo con mano temblorosa.

Los tres camaradas se apresuraron a prepararle unas viandas que comió vorazmente. De pronto, al notar que le observaban, dejó de comer y empujó el plato para un lado, diciéndole bruscamente:

—No merezco que me den nada, porque si supieran ustedes lo que he hecho, se burlarían de mí y me despreciarían por lo cobarde que soy. Yo formaba parte de una expedición que anda por estas regiones estudiando las costumbres de algunas tribus indígenas. Hemos sido atacados por una tribu hostil y yo, para salvar mi cuerpo miserable, me tiré al suelo fingiéndome herido y después hui. Tenía miedo a pelear, miedo de quedarme con mis compañeros y hui dejándoles a ellos en la brecha. Durante dos días he andado errante por la selva, y esto ha sido mucho peor que luchar. Temeroso casi del sonido de mis propias pisadas, en todos sitios temía pararme, y he sufrido horriblemente. ¡Cuánto mejor hubiera sido para mí recibir un golpe mortal cuando nos atacaron!

—¡Ta, ta, ta! No diga usted eso —dijo Darkie vivamente—.

Las cosas no son nunca tan malas que no puedan ser peores. Lo que pasa es que estaría usted un poco fatigado cuando empezó el ataque. Ahora envuélvase bien en esta manta y duerma, y mañana por la mañana ya hablaremos de ello. ¡A dormir todos, jóvenes!

Y Darkie se arropó bien en su manta, no tardando en quedar dormido.



DICK

DARKIE

DAN

Bradsly deja sorprendidos a los tres compañeros.

Unas cuantas horas de sueño, un baño y un cambio de ropas que le prestó Dick, hicieron maravillas en Terrence Bradsly, el muchacho llegado tan inopinadamente al campamento de los tres camaradas. Sus ojos, sin embargo, aún conservaban aquella expresión de terror y desvarío.

Dick sentía más compasión que otra cosa por él, y tanto él como sus compañeros comprendieron que Bradsly no debía de haberse metido nunca por aquellas regiones salvajes.

—Es una suerte que haya venido usted, amigo —observó Darkie—, porque si nos indica el sitio donde ustedes fueron atacados, podemos seguir las huellas a sus compañeros.

—Iremos río arriba a buscarles —dijo Dick—. Usted puede hacer lo que más le agrade, Bradsly, venir con nosotros o quedarse.

Bradsly estaba tan indeciso que los tres compañeros comprendieron que, efectivamente, era un cobarde. Sin embargo,

PARA OBTENER UN AUTO CITROEN

::: Y OTRAS MARAVILLAS :::

Para entrar en el **Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores** (Primer premio: un «auto» Citroen; segundo, una bicicleta, y cincuenta magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de setiembre de 1926.

Más detalles en este mismo número.



el mismo miedo le decidió a acompañarlos, pues no se atrevía a quedarse solo.

Nuestros amigos levantaron el campo; empaquetaron todas sus cosas y empezaron a navegar por las aguas enlodadas del ancho río. Durante el camino los tres hacían lo posible por animar a Bradsly y hacerle desear sus temores. Por la tarde creyó éste reconocer el sitio donde él y sus compañeros estaban acampados cuando les atacaron los indígenas.

Arrimaron entonces el barco a la orilla para hacer una inspección, y como a un centenar de metros de allí y en un claro del bosque encontraron, efectivamente, los restos de un campamento de blancos. Encontraron también a un negro herido; tenía un balazo en una pierna y otro en un hombro, y parecía haber perdido mucha sangre. El herido, al ver a los blancos, llenose de temor y desconfianza.

Dick le hizo ver que no pensaban hacerle daño; lavole y vendole las heridas, y le dió de comer y beber. Pero a pesar de eso no se le quitaba la expresión de sospecha y miedo. Sin embargo, Dick continuó sus cuidados cariñosos para tratar de averiguar por él en qué dirección estaba el poblado de los indígenas y si habían llevado allí a los prisioneros blancos. El herido tardó mucho en comprender; pero al fin entendió lo que querían decir, y consintió en llevarlos a su aldea. Volvieron al barco y continuaron navegando río arriba durante una distancia de diez millas, al fin de la cual se metieron por un estrecho afluente.

Siguieron otra media milla y, por fin, se detuvieron. Con grandes esfuerzos y paciencia, Dick hizo comprender al indígena que él y sus compañeros esperarían junto al río mientras él iba a la aldea a comunicarles a sus compatriotas la llegada de los blancos.

El herido marchó cojeando apoyado en un bastón y se perdió por entre la selva.

Dick llamó a sus compañeros y les dijo: —Ahora vamos a cambiar de sitio, pues ese negro no nos ha agradecido ni pizca el que le hayamos salvado la vida, y lo que hará será ir a decir a sus compatriotas que hay más blancos rondando, y entonces vendrá toda la tribu a cogernos si no nos andamos con ojo.

—¿Cuál es tu plan, entonces? —preguntó Darkie.

—Volver otra vez por este afluente hasta el río; esconder allí el bote y entrar nosotros en la aldea por el lado opuesto. Cuando los indígenas vengan a echarnos la garra, como no cabe duda que vendrán, entonces nosotros entraremos en la aldea, libertamos a los prisioneros que estén todavía vivos y nos largamos tranquilamente antes de que los negros vuelvan.

—¡Jo, jo, jo! —rugió Darkie—. ¡No está mal!

No teniendo tiempo que perder para que el plan de Dick tuviera éxito, los tres compañeros volvieron otra vez hasta el río, escondieron allí la embarcación entre unos árboles y se internaron por la selva. Iban silenciosos y con toda clase de precauciones. Bradsly, pálido, con los labios apretados, hacía esfuerzos por mantenerse sereno. Después de andar dos kilómetros de este modo, oyeron un coro de gritos y alaridos. Darkie se tiró al suelo y fué trepando delante hasta llegar a la vista del poblado de los indígenas. En aquel momento todos los negros, guiados por su jefe y el herido, se encaminaban hacia el río, blandiendo cañas y lanzas.

Los ojos avizores de Darkie escudraron el poblado y vieron lo que él esperaba encontrar: ¡los cinco prisioneros!, tres de ellos blancos y dos mestizos, atados a cinco postes en el centro de la aldea.

El negro hizo una seña a sus compañeros, y no bien se hubieron perdido de vista los indígenas, echó a correr hacia los

prisioneros seguido de Dick y Dan y de Bradsly, que iba siempre el último.

Pero no habían contado con las mujeres de la tribu, que se agolparon en multitud, gritando, arañándoles y mordiéndoles. Estorbados de este modo, tuvieron gran dificultad para liberar a los prisioneros. Y como temían, los gritos y alaridos de las mujeres hicieron a los guerreros volverse apresuradamente, y los blancos tuvieron que correr todo lo que pudieron para salvar la vida. Pero por su mala estrella, los indígenas venían de la parte del río, y no les quedó otro recurso que seguir corriendo en línea recta. Los negros, veloces como gamos, iban ya pisándoles los talones. Dick y Dan hicieron detenerse unos momentos, hiriendo con los rifles a tres de los que iban en la delantera.

Más tarde, la selva empezó a aclararse, y Darkie, que iba a la vanguardia, tomó por un paso estrecho entre dos colinas altas y escarpadas, llevando a uno de los profesores rescatados, de cada brazo.

—¡Por aquí, muchachos! —gritó—. Creo que por aquí podemos ir dando vuelta hasta el río.

Hasta que estaban a mitad del desfiladero no se dieron cuenta de que faltaba Terrence Bradsly. ¿Estaría jugando otra vez el papel de cobarde? Mientras este pensamiento cruzaba la imaginación de todos ellos, oyeron al otro lado tiros de fusil.

—¡Ese debe ser él! —dijo Dan, sorprendido.

Los tres camaradas dejaron que los exploradores continuaran solos, y retrocedieron ellos; efectivamente, al llegar al extremo del pasadizo vieron a Bradsly que, empuñando el rifle, afrontaba la horda de indígenas. Había terminado todos los cartuchos, y empleando la escopeta a manera de cachiporra daba golpes a derecha e izquierda con tal furia y tal fuerza que los tres compañeros quedaron boquiabiertos. Adelantáronse ellos también y de una descarga hicieron retroceder a la tribu.

—Ahora quedaos quietos ahí —dijo Darkie, bajando la

escopeta humeante y trepando por la pendiente escarpada de la colina. A mitad de ella había una roca saliente sujeta sólo por una ménsula natural. Darkie arrimó el hombro a ella y haciendo uso de su descomunal fuerza trató de arrancarla; al principio la roca resistió todos sus esfuerzos. Intentó otra vez poniendo en tensión todos los músculos. En la frente las venas se le hinchaban; caíale el sudor por el rostro, y, al fin, después de una lucha titánica la roca cayó dando tumbos, arrastrando consigo una gran masa de tierra e interceptando la boca del pasadizo.

Los negros prorrumpieron en gritos salvajes de furia al ver bloqueado el paso; pero los tres compañeros, sin detenerse a oír sus lamentos, corrieron a reunirse con el resto de la partida y volvieron al río. Una vez en el barco se apresuraron a salir de aquella región navegando sin cesar día y noche hasta estar a salvo de toda persecución.

Y de este modo Torrence Bradsly aprendió a ser hombre gracias a Dick, Dan y Darkie





LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

CAPÍTULO XX

EL HUNDIMIENTO

Las potentes sacudidas del terremoto habían producido en aquella parte un verdadero desastre.

Las bóvedas, agrietadas, se habían desplomado violentamente, arrastrando consigo en su caída gran cantidad del terreno; y aquella enorme cantidad de tierra y de bloques de piedras obstruyó por completo el canal, dejándole dividido en dos.

Acaso en uno de sus lados, por debajo de la corriente, había quedado algún paso libre, pues se oía el rebullir del agua al lado de la pared; pero debía ser tan estrecho que no permitiría el paso de los exploradores.

—¡Estamos encerrados! —exclamó Vicente—. ¿Qué hacemos?

—La cosa es grave, no os lo oculto —dijo el doctor—; pero creo que no quedaremos prisioneros durante mucho tiempo.

—¿Pensáis que abramos una galería?

—Sí, Vicente, y sin pérdida de tiempo; temo que nos falte el agua potable, pues nos queda muy poca.

—¿Y el aire? Como está cerrada la comunicación, nos faltará también.

—No temáis que muramos aquí asfixiados; el aire se filtrará por algún lado y luego lo tendremos en abundancia.

—¿Será muy extenso el hundimiento? —preguntó Miguel.

—Eso no lo podemos saber —respondió el doctor.

—Una pregunta, señor Bandi —dijo Roberto.

—Habla con toda libertad.

—¿Podremos cavarnos una galería?

—¿Y por qué no?

—No se nos vendría encima toda esta tierra movediza?

—Es posible, pero no nos queda otro recurso; cavaremos con prudencia y no seguiremos los trabajos hasta que estemos seguros del resultado.

—¿Qué será mejor, empezar a trabajar por arriba o por abajo?

—Hacia la bóveda, Vicente.

—¿Y la balsa, qué hacemos de ella?

—La desharemos para volver a armarla cuando pasemos al otro lado. Será un trabajo un poco pesado; pero no debemos retroceder ahora ante nada.

—Además se trata de salvar el pellejo —añadió Miguel—, y cuando la existencia está en juego no se miran los sacrificios.

—Doctor —dijo Vicente—, démonos prisa para que no nos asedien después el hambre y la sed.

El señor Bandi hizo un minucioso reconocimiento del lugar hundido para escoger el punto más a propósito donde comenzar los trabajos, y después saltó desde la balsa hasta las rocas y, trepando por ellas, llegó hasta la parte alta de la bóveda.

Habiendo observado que un gran bloque compuesto de tufo calcáreo se apoyaba sólidamente en las masas inferiores, lo mostró a sus amigos diciéndoles:

—Comenzaremos por aquí.

—Eso es mucho más duro que la tierra —observó Vicente.

—Cierto es; pero tendremos la ventaja de que no se nos hunda encima la galería que excavemos para pasar: emplearemos más tiempo; pero trabajaremos con más seguridad.

—¿Qué espesor tendrá esta roca?

—Lo sabremos mañana o pasado mañana.

—Nos llevará al otro lado de la galería?

—Eso espero. Ea, pues, manos a la obra; agarrad los picos y ¡duro!

Para no quedar rendidos todos al mismo tiempo, se dividieron en dos turnos. Miguel y Vicente, los dos más ro-

bustos, se encargaron de la primera hora de trabajo; el doctor y Miguel les relevaban luego y, entre tanto, se ocupaban de ir desarmando la balsa.

Los dos pescadores, después de haber examinado detenidamente el estado de la bóveda para evitar que algún cascote poco firme se les viniese encima, cogieron los picos y comenzaron a golpear en la roca con verdadero ahínco, haciendo saltar a diestro y siniestro grandes trozos de gran peso.

Afortunadamente aquella roca era bastante frágil y los picos trabajaban bien. En el término de diez horas podían abrir una galería de seis o siete metros de anchura, suficiente para poder pasar.

Transcurrida la primera hora, Roberto y el doctor relevaron a sus compañeros, atacando también a la roca con iguales energías.

Durante otras ocho horas seguidas estuvieron trabajando de esta suerte los cuatro exploradores, y al fin, rendidos y desmayados, se sentaron para comer un bocado.

La galería que habían abierto iba ya muy adelantada; pero no parecía que llegaba a su término, pues la roca producía un sonido seco que hacía desesperarse a Vicente.

—Me parece que vamos a tener roca para mucho tiempo —dijo—. Y eso que hemos trabajado como mineros consumados.

—No hay que desanimarse, amigos; con paciencia todo se consigue.

—Pues yo estoy algo intranquilo: sólo nos quedan tres litros de agua y ya hemos consumido dos.

—La economizaremos.

Terminada la cena reanudaron los trabajos con nuevas energías. Llevaron los cubos de alquitrán al lugar donde trabajaban; pero el humo que despedían aquellas primitivas antorchas les causaba no pocas molestias.

Durante otras ocho horas siguieron socavando en la roca. A la novena, cuando ya habían cavado otros cinco metros más, encontraron de improviso una capa de tierra mezclada con guijarros de grandes dimensiones.

—Ya hemos atravesado la roca —dijo Vicente.

—¿Se oye algo ahora? —preguntó el doctor.

El pescador apoyó una oreja a la capa de tierra y escuchó con profundo recogimiento.

—Nada —dijo.

—¿No se oye el murmullo del agua?

—No, doctor.

El señor Bandi hizo un gesto de coraje.

—Eso quiere decir que el hundimiento alcanza a una extensión enorme.

—¿Qué hacemos, doctor? —preguntaron los pescadores.

—Continuar el trabajo hasta lo último, pues si no moriremos aquí todos.

—¿Resistirá este terreno? —preguntó Vicente—. Me parece muy movedizo.

—Probémoslo.

Vicente y Miguel, aunque rendidos, reanudaron el trabajo, quitando uno por uno los grandes guijarros que salían a cada instante.

El doctor y Roberto retiraban la tierra con las palas y la sacaban fuera de la galería, echándola en el canal.

(Continuará en el número próximo.)

LOS SUSCRITORES DE PINOCHO

Todos los suscritores de PINOCHO son li-tos, todos son guapos y muchos son guapi-tos. En la galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aser-ciones.



BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASID

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Y en esta forma continuó gritando, tan desesperadamente, que le oyeron de todas partes. El zoco entero se puso en movimiento. Los comerciantes y orfebres vinieron a preguntarle:

—Buena mujer, ¿tienes testigos?

—Claro que los tengo; no uno, mil, hombres y mujeres.

El gobernador al oír la gritería entró al mercado con sus hombres y se sentó ante la tienda del comerciante.

—¿Qué os sucede a esta mujer y a ti? —le preguntó.

—¡Perdón, señor gobernador! Yo compré ayer un brazalete por cien dinares y pagué al vendedor una comisión de dos dinares. Hoy esta mujer ha venido y me ha rogado que se lo muestre, diciéndome que me haría ganar otro tanto. Visto y oído, ella ha empezado a gesticular y a gritar en todos los tonos, con la pretensión de que el brazalete es suyo. Por su causa se ha aglomerado la gente de todas clases, como si hubiera boda, hasta que ha llegado tu Excelencia, que Dios te conserve. Nosotros somos comerciantes y no hacemos cosas ilícitas. Averigua lo sucedido y júzganos a los dos, a ella y a mí, según lo que tú creas, y «el ojo del hombre de genio es una balanza».

—Está bien —contestó el gobernador—; mas veamos qué dice ella.

Y, volviéndose a la mujer, le preguntó:

—¿De qué se trata, oh, vieja?

—Señor —contestó—, yo soy una mujer necesitada. Jamás me ha oído nadie levantar mi voz. Este brazalete es mío; lo tengo en casa hace ya veinte años y todos los vecinos de mi barrio lo conocen. Nadie, nadie más que nuestro señor y la corona de nuestra cabeza, el Califa, el Comendador de los Creyentes, puede resolver este asunto entre el comerciante y yo, para que me devuelva el resto de los objetos robados, porque han desaparecido otras muchas cosas junto con el brazalete. Esto es todo. ¡Y Dios haga que tus mujeres nunca sean víctimas de la necesidad!

El gobernador se dirigió al comerciante y le preguntó:

—¿Y tú dónde has comprado esta alhaja?

—De mano del *delal* (vendedor por subasta).

—Entonces el asunto está resuelto por sí mismo y no hay que romperse la cabeza —dijo el gobernador—. ¡Traed al vendedor!

Empezaron a buscar por el zoco. Poco después llegaba Básiim, diciendo para sus adentros: «¡Oh, Generoso! ¡Oh, Omnisciente! ¡Oh, Providente! ¡Oh, Dios! Concédeme una ventá como la de ayer».

De repente los hombres del gobernador lo rodearon y lo cogieron; cuando quiso apercibirse ya lo habían agarrado sin que pudiese escaparse. Se acordó de la imprecación del astrólogo.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Ojalá Dios permita que se rompa las piernas! ¡Todos los días nos levantamos bajo la Providencia de Dios!

En seguida fué llevado ante el gobernador. El comerciante lo reconoció y dijo:

—Este es el corredor a quien yo compré el brazalete.

—Joven —le preguntó el gobernador—, ¿de dónde te ha venido esta alhaja?

—De una mujer que me la dió ayer; yo la vendí por su cuenta, cobré mi comisión y ella se marchó por su camino.

—¿La conocías por casualidad? —dijo el gobernador.

—Jamás la había visto antes de que ella me llamara.

—¿Le has pedido un fiador?

—No.

—¿Son éstas las ordenanzas? Le das el precio del brazalete, sin exigirle una garantía.

—Lo olvidé —replicó Básiim.

El gobernador, dirigiéndose al comerciante, le dijo:

—Contigo no va nada. Ahora, si quieres, vete de prisa a presentarte con él ante el Califa para que podamos recuperar tu dinero.

Hizo llamar al jeque de los vendedores por subasta, al cual ordenó:

—Trae tus hombres aquí.

—¡A tus órdenes están, señor gobernador! —le contestó.

Reunió a todos los que había y partió con ellos para presentarlos al Sultán. Cuando llegaron a su presencia, viéndolo a Básiim entre ellos, Cháfar se inclinó ante el Califa y le dijo:

—La falta de este hombre eres tú quien la tiene sobre tu conciencia, tú que le has gastado esta broma y le has hecho caer en el lazo. No seas injusto con él.

—Sólo quiero reirme un poco a su costa y nada más —replicó el Soberano.

En seguida se volvió al gobernador y le preguntó:

—¿Qué es esto, Emir Jalid?

—¡Oh Rey del tiempo! —le contestó—. Yo inspeccionaba hoy el mercado de los joyeros y he encontrado a una mujer, a cuyo alrededor se agrupaba la gente ante la tienda de este comerciante, con quien ella disputaba a causa de cierto brazalete de oro. Ella dice que se lo han robado y que lo ha reconocido. Aquí los tienes, ¡oh Príncipe de los Creyentes!

—¡Comerciante! —preguntó el Califa— ¿De dónde te ha venido este brazalete?

—Príncipe de los Creyentes! —respondió—; lo compré ayer a este corredor.

—¿Es cierto, buen hombre —dijo el Califa volviéndose a Básiim—, que se lo has vendido?

—Sí.

—¿Quién te lo dió?

—Una mujer de la calle. Yo lo vendí y cobré mi comisión. Ella tomó el precio y se marchó.

—¿Conoces tú a esa mujer?

—No, por tu vida.

—¿Le has pedido un fiador?

—No.

Entonces el Califa llamó al jeque de los vendedores por subasta, que vino y saludó. Luego le preguntó:

—¿Por qué, buen hombre, cuando nombraste a este joven corredor no le enseñaste la condición de que no podía vender un objeto sin pedir antes un fiador al propietario?

—¡Príncipe de los Creyentes! —le respondió—. Yo no lo he nombrado corredor ni lo he visto en mi vida hasta hoy. Todos los corredores están aquí presentes.

Todos se adelantaron y dieron testimonio de que era un intruso a quien ellos no conocían, y que él tampoco los conocía a ellos. Ante estas declaraciones, el Califa se volvió a Básiim y le preguntó:

—¿No eres tú el que te hiciste pasar por alguacil?

—Yo mismo soy —contestó.

—¿Y quién te ha hecho corredor de joyas?

—La mujer, dueña del brazalete —replicó Básiim—. Me preguntó si yo era corredor y le respondí que sí. Todo esto por causa de la miseria que me abruma. «La falta de dinero me ha empujado a hacer esto, porque quien está en peligro de ahogarse se agarra a una paja».

—¿No tienes ningún oficio? —le preguntó el Califa.

—Mi oficio es el de herrero.

—¿Y por qué lo has dejado?

—Porque tú pregonaste que los herreros debían dejar de trabajar; me hice entonces bañero, y mandaste cerrar los baños.

—¿Y qué hiciste después?

—Hice de guardia.

(Continuará en el número próximo.)

Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 ptas.), o un trimestre (5 ptas.)

LAS FRUTAS CURATIVAS

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Había una vez un hombre que tenía tres hijos, y sintiéndose morir, los llamó y les dijo: «Hijos míos, como dentro de poco habéis de manteneros como podáis, pues no tengo otra cosa que dejaros sino el pequeño huerto que cuidamos y que os repartiréis equitativamente, os aconsejo no dejéis de cultivar bien sus árboles, que uno de ellos da una fruta curativa excelente; no os digo cual árbol la produce para que no tengáis rencillas ni disgustos en lo sucesivo por tal causa.»

El hombre murió y repartieron los dos hijos mayores la hacienda. El menor, como era niño aún, y los otros hombres ya, y muy avariciosos, por añadidura, se las arreglaron de manera que se llevaron todo el huerto, a excepción de un pequeño árbol que estaba en las lindes de las dos mitades repartidas, y que por ignorar a quién de ellos podía pertenecer y por las desavenencias que tuvieron, pensaron dejárselo al pequeño. El pobre niño no tuvo otro remedio que conformarse con lo que le dieron, y se le permitió pasar por una pequeña vereda de la finca para cuidar el árbol y recoger su fruto.

Sucedió que por haber enfermado gravemente la hija única del rey, sin que encontraran alivio para su dolencia los médicos del país que la asistían, mandó publicar el monarca un bando en el que hizo saber que aquel que consiguiera dar la salud a la princesa, sería su esposo y le cedería el reino.

Pensaron los hermanos, repartidores del huerto, que por haber en él un árbol con fruto milagroso, según les dijo su padre, podría muy bien favorecerles la suerte y aspirar a la mano de la princesa. El mayor cogió de todas las frutas de los árboles del huerto y las colocó con exquisito cuidado en una cesta y las llevó con él a palacio. Al pasar junto a un bosque encontróse con una mujer achacosa y vieja, quien, saludándole, le preguntó: —¿Qué llevas en esa cesta? —«Ranas y sapos. ¿A ti que te importa?» —«Está muy bien», replicó la vieja, y se marchó sin agregar palabra. Siguió el joven su camino hasta llegar donde estaba la guardia de palacio. —«¿Qué quieres tú aquí?» le dijeron. —«Nada, sino que traigo frutas medicinales para que las guste la princesa y pueda con ellas curarse.» —«Perfectamente; pero es el caso que es preciso primero ver cómo es esa fruta tan maravillosa que traes.» Y diciendo esto, destaparon la cesta, saliendo de ella un gran número de sapos y ranas, que era en lo que la fruta habíase convertido. Diéronle entonces, por la burla, una gran paliza y lo arrojaron a la calle con la cesta colgada al cuello.

Entretanto, su otro hermano mayor había cogido también fruta de la parte de huerto que le había correspondido, y dirigióse con ella hacia palacio. En el bosque consabido encontró a la viejecita que ya conocemos, y, saludándole, preguntóle qué llevaba en la cesta: —«Basura, contestó. ¿A ti qué te importa, vieja curiosa?» —«Perfectamente, anda con Dios», repli-

có la vieja marchándose sin decir palabra. Anduvo aquél durante todo el día cuanto pudo para llegar a palacio a buena hora, y ya en él, salióle al encuentro el guarda, preguntándole qué quería. —«Que traigo fruta, que es un precioso medicamento, para ofrecerla a la princesa, y ya verás qué bien ha de sentarla.» —«Sí, te dejaré entrar; pero a condición de que me dejes primero ver qué clase de fruta es esa.» En efecto: alzó la tapadera de la cesta y al instante tuvieron que taparse las narices del hedor que despedía a verdadera basura, que era lo que efectivamente contenía la cesta. Se la arrojaron a la cabeza y apaleáronle de tal suerte, que apenas si pudo volver a su casa por el dolor del molimiento de sus huesos.

El hermano menor, enterado asimismo de la enfermedad de la princesa, llegó a interesarse vivamente por ella. Y conocedor de las promesas del rey, propúsose también intentar suerte. Cogió fruta del único árbol

AVBYTO

que le habían dejado sus hermanos, y con ella dirigióse a palacio. En el bosque de siempre encontró a la viejecita: —«Buenas noches», díjole ésta —«Vaya usted con Dios, hermana», le contestó. —«¿Qué llevas en esa cesta?», repuso la vieja. —«Fruta medicinal, por si consigo con ella hacer que recobre la princesa la salud que ha perdido.» —«Vete con Dios, que El te ayudará», exclamó la vieja, y desapareció. El jovenzuelo prosiguió su camino, y pasado el bosque, anduvo por la orilla de un lago, observando en él que la corriente había arrojado a tierra un pescado grande, que estaba a punto de morir asfixiado. «Animalito —dijo para sí, condoliéndose de su situación—. Tendré que hacer lo posible para que viva.» Dejó la cesta en el suelo y echó al pez nuevamente al agua para que volviese a la vida. Antes de que el

joven se marchara sacó el pez la cabeza del agua como agradecido, gritándole: «Gracias, amigo mío; si alguna vez te hallas en necesidad de socorro y puedo yo ayudarte, no tienes más que venir y llamarme y acudiré gustoso en tu auxilio.»

En el camino que seguía vió un cuervo y un enjambre de abejas que, al ir volando en la misma dirección, llegaron a dificultarse el paso de tal manera, que queriendo todos seguir su vuelo hacia adelante, se lo impedían mutuamente. El cuervo picoteaba a las abejas y éstas aguijoneaban al cuervo. El joven dijo a éste: «Cuervecito, remóntate a las nubes y deja que pasen por debajo las industriosas abejas». Obedeció el cuervo y pasaron y cruzaron aquéllas por los aires sin ningún inconveniente. El cuervo, desde su altura, chillando, dijo: «Gracias por el buen consejo que me diste, buen amigo. Te ayudaré cuando te veas necesitado de ello.» El enjambre fué a parar al tronco de un árbol, donde zumbando, musitaban diciendo: «Eres un gran consejero y un amigo excelente. Te prometemos nuestra ayuda para cuando nos necesites y llames.»





Llegó por fin a las puertas de palacio, y el guarda que las vigilaba preguntóle adónde iba y lo que pretendía.

«Traigo una cesta de frutas curativas y quiero que las coma la princesa para que recobre la salud que ha perdido.» «Bien; perfectamente. Pero precisa que examinemos primero el aspecto de esas frutas, porque, sobre este particular, hemos visto ya muchas cosas raras.» Levantó el joven entonces la tapadera de la cesta, viéndose que contenía unas manzanas sanas y hermosas que gustaron, probándolas, los guardas allí presentes. Sintieron al instante vivarachos y alegres y le acompañaron a presencia del rey, quien a su vez dirigióle a la habitación de la princesa, donde permanecía ésta débil y con los ojos entornados y tristes, melancólica y enferma, reclinada indolentemente sobre un diván de terciopelo encarnado. Cuando el joven vió a la princesa, inclinóse ante ella respetuosamente y ofrecióle una manzana, que comió con avidez. Y no bien hubo acabado de comerla, levantó con ligereza la cabeza del rico cojín en que la reclinaba. Dióle otra para que la comiera, y después de devorarla, sentóse tranquilamente la princesa en el diván. Comió con el mismo deseo la tercera y saltó como un corzo y bailó con una alegría loca y desenfrenada, diciendo que nunca se había hallado tan dichosa y alegre ni tan ágil y fuerte como en aquel momento, que dijo era el más feliz y risueño de su vida.

El rey, que lo había visto y presenciado todo, púsose también muy contento, diciendo a la princesa que debía casarse con el joven que de tal modo le devolvía la salud. Mas la princesa manifestó que aquel joven no era de su alcurnia, sino un pobre aldeano, y que debía darle vergüenza pretender casarla, siendo su única hija, con un rústico infeliz que no sabía otra cosa que cultivar y coger fruta. «No obstante, dijo la princesa, consentiré en casarme si este joven trae la sortija que perdisteis en el lago hace ya veinte años.»

El joven se quedó atónito oyendo esto y sin saber qué hacer. Pero acordándose al momento del pez que había salvado, marchóse inmediatamente en su busca, y lo llamó diciendo: «Pez mío, ven en mi ayuda; yo te lo suplico, y te ruego no me dejes desesperanzado. Ven, ven, mi buen amigo, a auxiliarme.» El pez subió en el acto a flote y contóle el joven cuál era el motivo de sus tristezas y apuros. El pez entonces, sumergiéndose hasta el fondo del lago, subió a poco con el anillo del rey en la boca. El joven, muy agradecido y contento, fué y entregó el anillo perdido al rey, quien, reconocido por ello, quedó lleno de alegría y en extremo sorprendido. Fué a poco a hablar con su hija, diciéndola no tenía más remedio que consentir casarse con el joven para cumplirle la palabra que le había dado por su agradecimiento, ya que habíala devuelto la salud y el anillo, tiempo ha perdido para siempre. La princesa contestó que para que diera su asentimiento al matrimonio solicitado, tenía su pretendiente que edificar un palacio tan grande y magnífico como aquel otro de su padre, brillante y hermoso como un sol.

El rey llevó esta contestación al joven, quien, acor-

dándose al instante de lo que le sucediera con las abejas, marchó en seguida en su busca al bosque, y las dijo, llamándolas: «Abejas mías, venid en mi ayuda a sacarme del compromiso en que me hallo.» Las abejas llegaron a su alrededor en tal número, que parecía una nube inmensa que tapaba el sol. «No te apures, le dijeron. Nosotras haremos ese palacio, y mientras tanto, puedes ir a descansar y dormir sin preocupaciones que entorpezcan tu sueño. Durante aquella noche, construyeron las diligentes abejas un palacio de cera, que fué la admiración y encanto de quienes lo vieron, brillando a los reflejos del sol, con luces irisadas. Habló de nuevo el rey a la princesa para que consintiera al fin en su enlace con el joven, ya que había hecho con solicitud y esmero cuanto le había exigido. Y la princesa, maravillada desde luego de lo que veía, le pareció, no obstante, que aún no había hecho el joven todo lo indispensable para merecer el honor que había de dispensarle, y expresó su deseo de que le llevase una llama de fuego del infierno, con lo que se daría por satisfecha para transigir en todo, pues que era un capricho que deseaba ver satisfecho.

Incomodóse el rey suponiendo que no eran aquellos sino pretextos de la princesa para burlarse de todos. Pero acostumbrado a ejecutar, por ser órdenes para él, los deseos de su hija, expuso al joven el nuevo capricho y los deseos de la princesa. Como es de suponer, púsose el pobre joven malhumorado. Mas acordándose del cuervo de su historia, del que se decía era el enviado de Satanás, y pensando que acaso podría sacarle de su aflicción y tortura, corrió inmediatamente en su busca. «Cuervo mío, ven a ayudarme con presteza, que necesito urgentemente de tus servicios.» Llegó el cuervo volando, y cuando se enteró de las pretensiones de su amigo, prometió complacerle del mejor modo que le fuere posible, y se marchó hendiendo velozmente los aires. No se hizo esperar mucho tiempo, y trajo al fin una llama de fuego humeante.

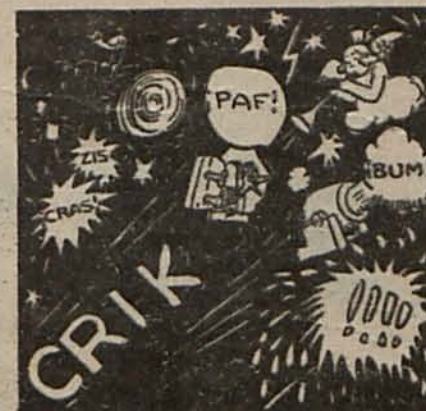
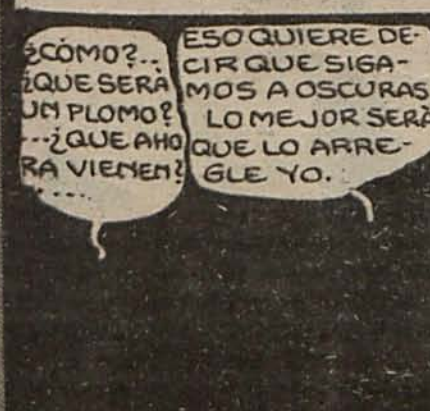
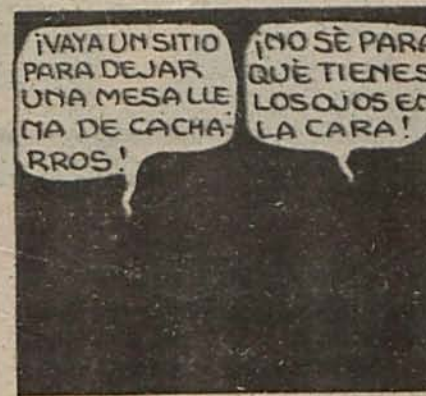
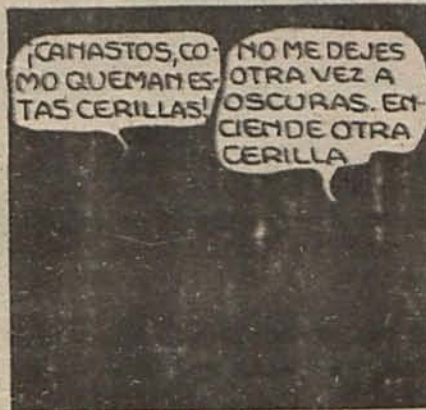
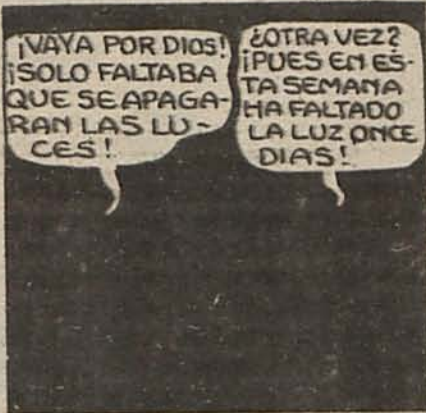
La cogió el joven con unas tenazas de hierro, y corrió a todo escape con dirección a palacio. Llegado que fué a él y ya ante la princesa, arrojó a sus pies la llama de fuego del infierno, que chisporroteaba, sin cesar de despedir chispas brillantísimas al suelo. Subió la llama incandescente hasta el techo, y el humo y el olor que despedía por poco ahogan a la princesa, que, sofocada y desvanecida, fué a buscar refugio en los brazos del joven que allí aguardaba triste y en silencio la última decisión de su amada.

A poco se celebró la boda con gran pompa y magnificencia, obteniendo el joven la mitad del reino, como merecían sus sorprendentes y magníficas hazañas y la respetuosidad y excelentes modales con que siempre y en todo momento se produjo, realzando así la bondad de su carácter y sus dotes admirables.

Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véanse las condiciones en este mismo número.



DEL AGIO CARAMILLO Y FAMILIA



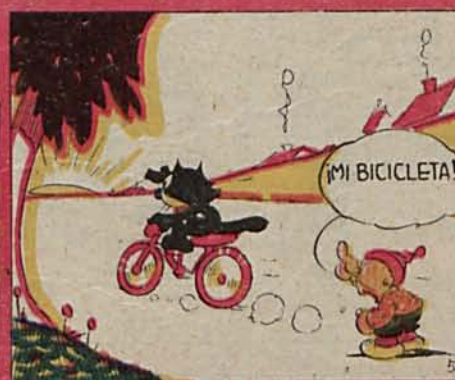


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



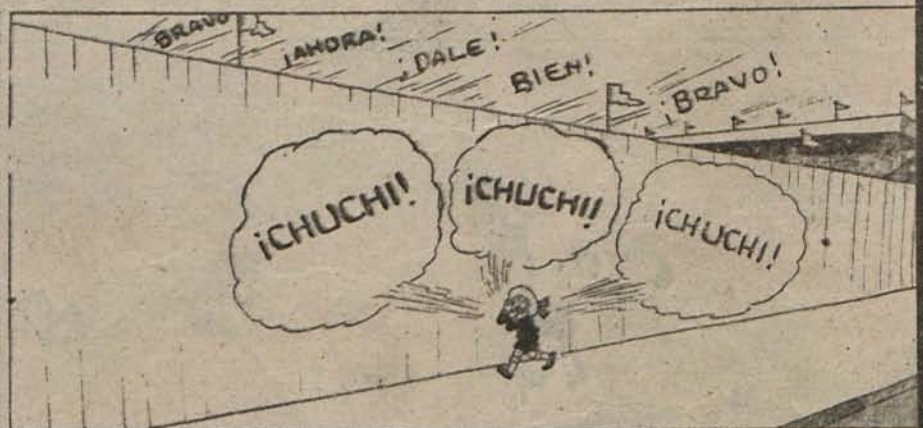


DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.





COLORÍN Y SU PANDILLA



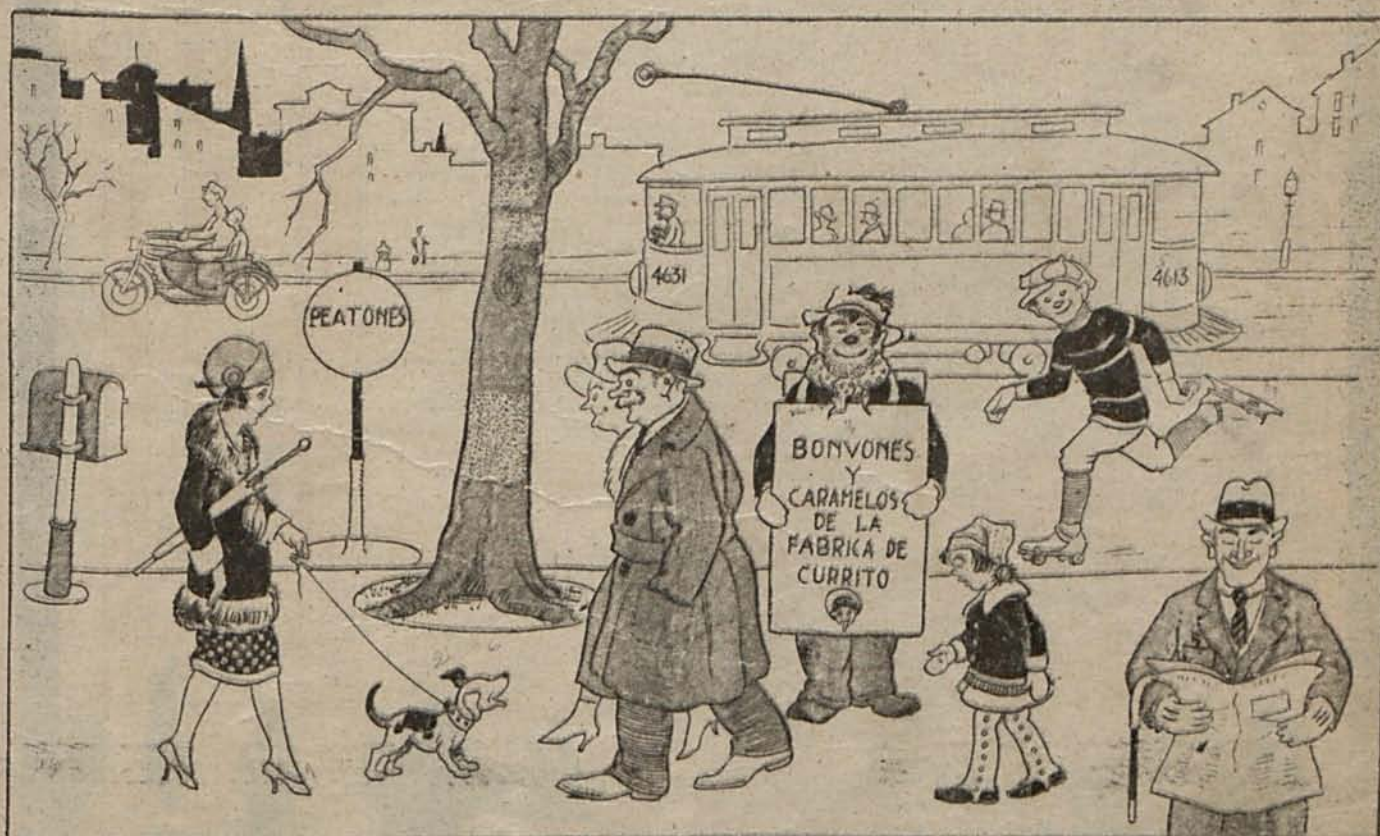
CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

ROMPECABEZAS



La alquería está sola. Los animales, asustados, miran hacia la cerrada puerta. El lobo viene y se encuentran indefensos. ¿Dónde están los tres perros guardianes y la viejecita dueña de la casa?

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Hoy, nuestro dibujante, este loco de dibujante, os presenta una escena callejera. En ella, si observáis detenidamente el dibujo, hallaréis once errores. Uno de ellos, por ejemplo, es que al perro le falta un ojo. ¿Cuáles son los otros diez?

EL CALIFA CIGÜEÑA

ACTO 2º

CUADRO 3º

4



EL CALIFA CIGÜEÑA

ACTO 2º

CUADRO 3º

2

RECÓRTESENSE LOS ESPACIOS
EN BLANCO.

RECÓRTESE

RECÓRTESE

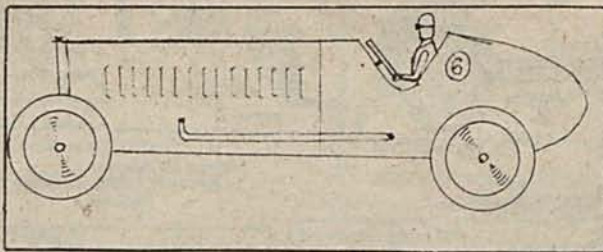
RECÓRTESE

COLABORACION PINOCHISTA

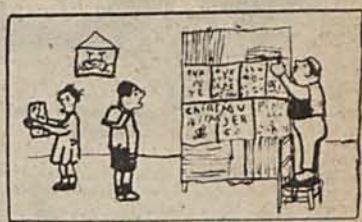
DIBUJOS



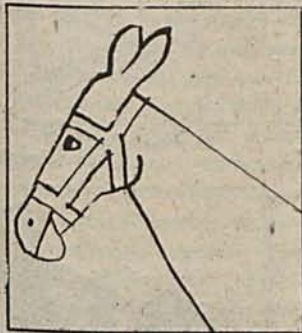
Las tardes de verano. ¡Refrescando!
J. GONZÁLEZ BENAVENTE.
Once años. Ceuta.



Un coche de carreras.
JOSÉ MARÍA GARCÍA DE LA INFANTA.
Doce años. Madrid.



Comprando PINOCHO
por LEONOR.



Cabeza de caballo.
E. MUÑOZ COSO.
Nueve años. Madrid.



El sueño de un bor-
rracho.
JOSÉ CERÓN.



Mi amigo Pinocho.
JESÚS SÁENZ.
Ocho años. Vigo.



Un monigote.
ANTONIO MANCPOEY.—El Pardo.



Fumador.
F. VILLALBA.



Mi mejor juguete.
MARUJA BALDOSANO.



El fin del mundo.
AURORA FERNÁNDEZ.—Jaén.



El valandro ganador.
FERNANDO BENITO.—Madrid.

¡Qué susto!

Los señores de Méndez, que veranean en San Rafael, decidieron ir a pasar una tarde al Alto del León con sus tres hijos. Alquilan un burro (bastante larguito para que cupiesen todos). Prepararon una excelente merienda y montaron en la pobre bestia, que casi no podía con tanta gente. También se habían provisto de un toldo, el que sujetaban con cuatro estacas Nono y Tori, uno en la cabeza del burro y otro en la parte trasera. Iban contentísimos, aunque un poco apretados. Sus cánticos y sus risas resonaban en la soledad del campo y no tenían miedo a una insolación, pues con el toldo... Por fin llegaron al final de la excursión y se apearon del burro, que tenía ganas de descansar de tan pesada carga. Le extendieron por el suelo (no al borrico, sino al toldo, que les sirvió de mantel), y poniendo la cesta encima, la descubrieron. Todos se relamían de gusto, esperando con ansias el momento de meterse un bocado de aquello tan rico en la boca. En esto Churrumita, la niña, dice: «¡Mirad, mirad! Allí, entre los árboles, se mueve una cosa oscura. ¡Debe ser otro borrico! ¡Qué bien, así no tendremos que volver a casa tan apretados!» Pero Tori grita: «¡Que no es un borrico, que es un toro; mirad los cuernos!»

¡Dios mío, qué carreras, qué gritos! Unos van hacia la derecha, otros hacia la izquierda; unos trepan por los árboles, otros se esconden entre las matas; en fin, el lugar de la merienda quedó solo. El toro se acercó a la cesta y se zampó su contenido. Después buscó a su alrededor, y no viendo a nadie se marchó gruñendo, pues no había saciado su apetito. Después de un rato se oyó una voz temblona que decía: «¿Se ha ido ya el to... to... roo...? Y otra muy débil respondió: «Sí; ya se ha ido». Y así, preguntándose unos a otros, iban saliendo de su escondite. ¡Pobrecillos! Daba lástima verlos con todos sus trajes rotos de haber subido por los árboles y de haberse metido por entre los espinos. En vano llamaron repetidas veces: «¡Burro! ¡Burro!» Pero éste no apareció por ningún lado, pues con la gritería que habían armado se había marchado a muy buen paso. Y así, hechos una lástima, se fueron a su casa en el coche de San Fernando, sin toldo y sin merendar y con un miedo atroz por si volvía el toro.

ALICIA MARTÍNEZ VALDERRAMA.
Doce años. Madrid.

Muerto por heroísmo.

CUENTO

Era la noche del 20 de noviembre de 1907, o sea hace más de diez y siete años; ese día incendióse la casa de un pobre hombre. Apenas el hombre y su señora se dieron cuenta del incendio; saltaron de las camas y fueron a la calle junto con su hijo Juan. Apenas llegaron a la puerta, Juan exclama:

—¿Y mi querido hermanito?

—Se ha quedado dentro— le contestaron.

—Pues yo iré a salvarlo—repuso Juan. Y sin una palabra más saltó a la casa quemada; entra en la pieza, saca de la cuna a su querido hermanito, y luego se vió entre enmedio de las llamas del fuego salir a Juan, trayendo a su hermanito en los brazos.

Su padre abrazó entre lágrimas a su hijo mayor; pero éste, apenas le llegó a su lado, se cayó, y se cayó para no levantarse más, pues debido a sus quemaduras había muerto; pero pudo salvar a su hermanito.

ALBERTO LUCARELLI.
Trece años

La desgracia de la familia.

Una vez había una mujer que al ver que había nacido otro niño, dijo: «Ya van cuatro, ¡qué desgracia!» Y en efecto, cuando el niño creció todo le salía mal. Un día, exasperada su madre, le dijo: «Eres la desgracia de la familia, huye de mi lado; ojalá te nacieran alas en los pies.» En aquel momento, el joven se elevó por los aires, y voló mucho tiempo hasta que se paró frente a la tienda de un zapatero. Entró y pidió trabajo, y cuando el zapatero murió, el joven le sucedió.

El rey publicó un bando prometiendo que el que presentara los más bonitos zapatos para la princesa, se casaría con ella. El joven trabajó con ahínco, y presentó a la princesa los más lindos zapatos que se pueden desear. La princesa quedó encantada y se casó con el joven. Este llamó a su madre y hermanos para vivir en su palacio, y desde entonces todos fueron felices.

PEPITA ELÍCEGUI.
Doce años. San Sebastián.



Noche de luna.
ALFREDO DIEZ.
Doce años. Alfaro.



Mi amiguita Luisa.
MARÍA BARROSO.



Una señorita.
MARÍA PAZ SIERRA.
Madrid.



«El Niño de la Palma».
J. L. ALONSO.



Pinochistas, ya los conocéis, no hace falta nombrarlos.
JOSÉ CAJAL.
Zaragoza.



Mi amiguito.
CARMEN CAMINO.
Madrid.



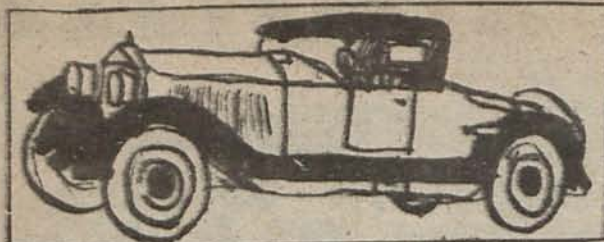
Tontolín.
RAFAEL MARTÍNEZ.—Madrid.



Pinocho, mi mejor amigo.
CARLOS J.—Once años. Buenos Aires.



¡Manos arriba!
V. COSÍO.—Laredo.

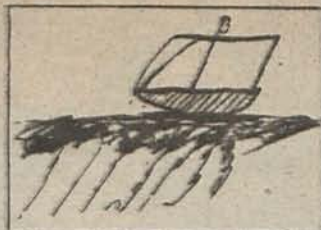


Un auto de lujo.

JOSÉ QUIROGA.
Doce años. Madrid.



Visita a los difuntos.
ANTONIO LÓPEZ FERRERO.
Ávila.



La lancha de Pinocho y Pirula.
CARMEN AMADOR JIMÉNEZ.



La instrucción.
JOAQUÍN TENOR.
Nueve años. Madrid.



Un milagueño castizo.
ANTONIO MUÑOZ.
Málaga.



Mi prima en su piso.
ISÉS MADRUGAL.



¡A la fuente!

JOSÉFINA HERNÁNDEZ.
Once años.



Cañero en La Monumental.
FERNANDO RIERA.
Barcelona.



Pinocho radioyente.
MARIANO URDIAIN.
Madrid.

SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroën infantil como este.

Este preciosísimo auto es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este auto. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gueros, objetos de tocador, etc., etc.

CUARTO PREMIO



Un magnífico triciclo níquelado con ruedas de goma, cadena de transmisión, etc., etc.

QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

SÉTIMO PREMIO

Una caja de acuarela.

DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sor-

teo, y aquéllos a quienes les toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

NOTA IMPORTANTE

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quisiera saber, amigo buho, cómo vive el canguro.
—Un animal interesante.
—Para ti todos los animales son interesantes.
—No creas. Ahí está el asno, el caballo, el buey, el cerdo, bichos todos de muy poco interés.
—En eso no estamos conformes, querido buho. No puedo estar conforme contigo. Eres injusto, irrazonable y arbitrario. Los animales que has nombrado son precisamente los más interesantes para el hombre. Ellos nos prestan diariamente, así en el campo como en la ciudad, beneficios de gran valía, y su vida está al servicio de la Humanidad, por decirlo así. ¡El asno! No hay animal más bueno, más manso, más razonable. ¡El caballo! Difícil encontrar una bestia más beneficiosa para el hombre. ¡El buey, el cerdo! El primero sirve al hombre, en el campo, arando, y nos sirve además, de alimento. El segundo —¡pobrecillo!— no tiene otro destino que morir para ser convertido en comestibles. Son, pues, como ves, animales de interés extremado. ¿Qué es al lado de ellos el canguro? Un animal deforme, de escasa utilidad, es decir, de escaso interés. Porque lo interesante no es lo raro, sino aquello que pueda sernos de interés, bien por su utilidad, bien por su belleza.
—Tú te lo dices todo, querido Chonón.
—Me has tirado de la lengua con tu afirmación arbitraria.
—Como gustes. Pero en fin de cuentas, ¿quieres que te diga algo del canguro?
—Eso he solicitado de ti en un principio.
—Pues te diré. El canguro es un animal bastante... —puedo decir la palabra?— bastante interesante.
—No tanto como el asno, el caballo, el buey, el cerdo...
—Justamente. Pero sí más raro, menos frecuente que el cerdo, el buey, el caballo y el asno. Animal de la fauna australiana, el canguro habita las llanuras cubiertas de hierbas unas veces, matorrales espesos o lugares rocosos en otras.
—Tienen los canguros, yo los he visto, una cola inmensa.
—Como que ésta le sirve, juntamente con sus patas traseras, para la marcha. La cola y las dos patas forman un tripode estupendo, sobre el cual descansa el animal cuando éste se halla en reposo. Andan y corren a saltos, y pueden correr muy de prisa y mantener su carrera durante mucho tiempo.
—Creo que son unos grandes saltarines.
—Los canguros de gran talla salvan, de un solo salto, distancias de diez o doce metros y obstáculos de dos y tres metros de altura.
—No está mal.
—Se sirven de sus extremidades anteriores para coger los alimentos.
—¿Y qué es lo que comen?
—Sustancias vegetales, hojas, hierbas, cortezas de árboles, frutos. En las regiones australianas, ya colonizadas por europeos, devastan, a veces, extensiones inmensas, especialmente las plantaciones de cereales.

—¿Y son terribles?
—Ya ves si lo son.
—No me refiero a eso. Quiero decir que si son temerarios, sanguinarios, feroces.
—Todo lo contrario, Chonón. El canguro, como el ciervo, como la jirafa, es sumamente tímido. Huye al menor ruido. Espía con temor, miedosamente.
—¡Pobrecillo!
—Vive el canguro reunido en rebaños, cada uno de los cuales ocupa una comarca o extensión determinada. Antigamente aquellos rebaños eran inmensos, contándose en ellos cerca de doscientas cabezas. Pero la caza continua de que han sido objeto, tanto para recoger su piel, muy estimada, y su carne, sumamente sabrosa, ha disminuido considerablemente la existencia de estos animales.
—¿Y qué vida hacen los canguros?
—Una vida completamente pacífica. Duermen o juegan durante el día y pastan durante la noche. A veces realizan emigraciones considerables. Atraviesan los ríos a nado.
—Luego son buenos nadadores.
—Magníficos. Llegan a atravesar brazos de mar de tres y cuatro kilómetros de anchura.
—Eso me gusta.
—Lo más curioso es que estos animales, la hembra, desde luego, cuando tiene un hijo, por cierto muy pequeño, de tres o cuatro centímetros a lo sumo, lo coloca inmediatamente en la bolsa que tiene ésta en el abdomen, en la cual permanece el cangurito unos ocho meses. A esta edad, a los ocho meses, el animal se ha desarrollado bastante para abandonar la bolsa materna; pero vuelve a ella, sin embargo, siempre que se ve en peligro, y es conducido por la madre cuando ésta emprende la fuga.
—Eso sí que está bien.
—¿No te decía yo que el canguro es animal interesante, Chonón?
—Yo no niego interés al canguro.
—Entonces...
—Lo que decía, y vuelvo a repetir ahora —ahora, ya, claro está, con conocimiento de causa—, es que esos animales no pueden tener para el hombre más interés que el caballo, el buey, etc., etc.
—¡Cuidado que te pones pesado!
—Bueno, como quieras.
—Prosigo. Los canguros viven bien en cautividad y se reproducen perfectamente en este estado.
—¿Quién lo diría!
—En algunas regiones de la cuenca del Rin han llegado a invemar los canguros en libertad.
—Sería curiosísimo verlos pastar tranquilamente.
—Un día, el que tú escojas, te llevaré a la cuenca del Rin para que los veas.
—Perfectamente. ¿Pero me llevarás?
—Palabra.

CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

FALLO DEL JURADO

Pasado el tiempo reglamentario, se constituyó un tribunal especial, competentísimo, para juzgar las soluciones del mes de Abril. Día tras día, en una labor abrumadora, Pinocho, Pirula y Morronguis, que formaban el tribunal, trabajaron sin descanso, buscando en las innumerables soluciones recibidas, las cinco soluciones más acabadas y perfectas. El éxito, siempre seguro, cuando se trata de PINOCHO, coronó la penosísima labor, y he aquí los nombres de los cinco Pinochistas afortunados en esta nueva serie:

Primer premio.—Un lote de libros, por valor de 25 pesetas, al pinochista Rafael Cerdá. Santapola (Alicante).

Segundo premio.—Un lote de libros, por valor de 20 pesetas, al pinochista José Antonio Eguileta. Vitoria.

Tercer premio.—Un lote de libros, por valor de 15 pesetas, al pinochista Luis Antón Savadie. Madrid.

Cuarto premio.—Un lote de libros, por valor de 10 pesetas, a la pinochista Josefina Rodríguez Gómez. Valladolid.

Quinto premio.—Un lote de libros, por valor de 5 pesetas, a la pinochista Julita Romero Porras. Málaga.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Junio.	Julio.	Agosto.
Primero. 25 ptas. en dinero.	Srta. Concha de Grandes.—Si-güenza.	D. J. Luis Pacheco.—Briviesca.	D. Luis de la Vega Hazas.—San-tander.
Segundo. 15 ptas. en libros.	D. Jaime y Pilar Milans del Bosch.—Málaga.	» Francisco Ibáñez y Pico.—Ma-drid.	» Jesús Villarreal.—Durango (Mé-jico).
Tercero. 10 ptas. en libros..	» Alfonso Ponte.—Madrid.	Srta. Pilar Aleu.—Madrid.	» José A. Basagoiti Noriega.—Madrid.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	Srta. Irene de Quesada.—Valencia.	D. Gerardo Larrea.—Llodio.	» Juan Miguel Albisu.—Irún.
Quinto. 3 ptas. en libros...	D. Mariano Guitián.—Madrid.	» José Igualada.—Málaga.	» Joaquín Méndez.—Iriga (Filipi-nas).

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Carmen Zaldívar.
Teruel.—Premio primero del Concurso de Problemas del mes de febrero. 25 pesetas en libros.



Isabelita Fernández Guardiola.
Jaén.—Premio quinto del Concurso de Problemas del mes de marzo. 5 pesetas en libros.



Enrique C. Latorre.
Madrid.—Premio cuarto del Concurso de Problemas del mes de marzo. 10 pesetas en libros.



Maria del Carmen Segovia.
Cádiz.—Premio 18 del Primer Gran Sorteo de Regalos a los Suscritores. Lote de libros.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

- 1.ª Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
- 2.ª Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
- 3.ª Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
- 4.ª Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.
- 5.ª Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten **en el momento de hacer su suscripción**. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un trimestre

- 1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.
- 2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D.

calle de

núm.

Pueblo

Provincia

se suscribe a

PINOCHO por ⁽¹⁾ { UN AÑO..... } cuyo importe de { veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).
UN SEMESTRE... } diez pesetas (ó 12 pesetas) } remite a la Adminis-
UN TRIMESTRE.. } cinco pesetas (ó 6 pesetas) } tración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 ⁽³⁾, en ⁽⁴⁾ También remite 1,50 pese-
tas ⁽⁵⁾ para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite
pesetas.

(Fecha y firma.)

- (1) Bórrase lo que no convenga.
- (2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.
- (3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración **directamente**, o sea sin intermediarios.
- (4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indique quién y dónde lo ha impuesto.
- (5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de Abril de 1926 admitimos **suscripciones a PINOCHO, certificadas**; es decir, que remitiremos cada número **semanal certificado**, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año..... 23 pesetas.
Semestre..... 12 —
Trimestre..... 6 —

IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal impuestos por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengáis presentes estas indicaciones:

- 1.ª Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.
- 2.ª Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el número de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.
- 3.ª Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 céntimos en sellos.



DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





Sección Pirula

CHARLAS DE PIRULA

—Lili, ¿dónde estás? ¡Que vamos a salir! ¡Ven pronto!

Con profundo sentimiento Lili abandona su ocupación. Estaba leyendo un hermoso libro de la «Biblioteca Perla» que ostenta su iluminada cubierta un jinete de la Edad Media gallardamente erguido sobre un corcel blanco. Este libro es *Ivanhoe*, de Sir Walter Scott, el famoso escritor inglés del siglo XVIII.

Lili lleva ya tres noches soñando con las proezas del simpático Wilfrido, con las infamias del traidor Alberto de Malvoisin y con la belleza de la amable lady Rowena. Suspira, se levanta y, antes de dejar el libro, señala la página a que ha llegado; según su costumbre, dobla una esquina. Y por esta costumbre, el libro nuevo y flamante hace tres días, presenta ya un aspecto lamentable.

¡Así está la biblioteca de Lili! Preciosa por fuera, porque es un mueble originalísimo, copiado de la «Sección Pirula», y que figura una casita de muñecas; pero horrible por dentro, pues ya podéis imaginar el modo que tendrá de tratar sus libros una niña que para señalar las páginas les dobla una esquina.

Es decir, les doblaba, pues tengo la seguridad que en cuanto Lili vea el adjunto dibujo, se apresurará a realizar la idea que hoy os doy para marcar los libros. De este modo conservará los suyos nuevos e intactos, no doblará las esquinas de las páginas de los que están encuadernados ni doblará, tapas adentro, los que tienen forma de cuaderno como las *Aventuras de Pinocho* y demás cuentos de Calleja en colores.

La idea consiste en una cinta estrecha, de un dedo, que puede ir o no cosida a la parte superior del lomo, y que termina con un muñequito hecho con trozos de cintas en la forma que indica el grabado.

Esta señal constituye para el libro un adorno fácil y económico de realizar, gracioso y original.

Cortapapeles Currinche.—Ya que de libros hablamos, os presento un cortapapeles cuyo modelo se me ha ocurrido en circunstancias bastante curiosas.

Figuraos que hace poco callejeaba yo contemplando los escaparates, sobre todo los de los bazares —que son los que más me gustan— y mirando pasar a la gente, sobre todo a los niños —que son los que más me interesan—, cuando vi acercarse a una pareja popularísima: nada menos que Currinche y Don Turulato, que iban meditabundos, pensando, sin duda, en una nueva manera de pasar el rato.

Me acerqué con efusión a mis dos queridos compañeros y nos saludamos restregándonos las narices (que suele ser el saludo de los pinochistas), cuando de pronto una linda nena rubia que pasaba, volviendo del paseo, tropezó a Currinche con un aro que llevaba.

Entonces, ¿sabéis lo que hizo el negrito? Volverse furioso y... ¡sacarle la lengua! (Por cierto que esta lengua era larga, puntiaguda y roja, con lo que Currinche demostraba a la vez una educación deplorable y una salud excelente.)

Tal falta de galantería me indignó y me juré que castigaría al impertinente negrito, afeando su conducta ante todos vosotros.

Para ello he pintado su retrato tal como se me apareció en aquel momento de incalificable grosería, y para que, al menos, sirva para algo, le he dado forma de cortapapeles, que podréis fácilmente reproducir en madera.

¡La vergüenza que va a pasar Currinche cuando se vea! Con seguridad que se pondrá azul, o lila, o rosa, que supongo que serán las maneras que tienen los negros de ruborizarse.

